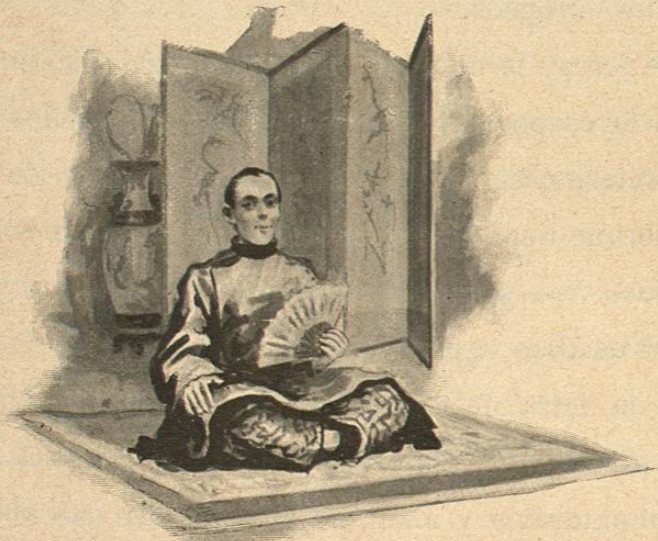


Diciendo esto se retiró, y yo me fuí bien avergonzado con mi protector, pensando cómo aprendería al cabo de la vejez algún oficio en una tierra que no consentía inútiles ni vagos Periquillos.



#### CAPÍTULO IV

En el que nuestro Perico cuenta cómo se fingió conde en la isla; lo bien que lo pasó; lo que vió en ella, y las pláticas que hubo en la mesa con los extranjeros, que no son del todo despreciables

Os acordaréis que, apoyado desde mi primera juventud ó desde mi pubertad en el consentimiento de mi cándida madre, me resistí á aprender oficio, y aborreciendo todo trabajo, me entregué desde entonces á la holgazanería. Habréis advertido que ésta fué causa de mi abatimiento; que por éste contraje las más soeces amistades,

cuyos ejemplos, no sólo me prostituyeron á los vicios, sino que me hicieron pagar bien caro las libertades que me tomaba, viéndome á cada paso despreciado de mis parientes, abandonado aun de mis malos amigos, golpeado de los brutos y de los hombres, calumniado de ladrón, sin honor, sin dinero, sin estimación, y arrastrando siempre una vida fatigosa y llena de miserias; y cuando reflexionéis en que á la edad de más de treinta años, después de salir desnudo de un naufragio y de haber tenido la suerte de un buen acogimiento en la isla, me propusieron enseñarme algún arte con que, no sólo pudiera subsistir, sino llegar á hacerme rico, diréis: forzosamente nuestro padre aquí abrió los ojos, y conociendo así la primitiva causa de sus pasadas desgracias, como el único medio de evitar las que podía temer en lo futuro, abrazaría gustoso el partido de aprender á solicitar el pan por su arbitrio y sin la mayor dependencia de los demás.

Así discurriréis tal vez con arreglo á la recta razón, y así debía haber sido; mas no fué así. Yo tenía terrible aversión al trabajo, en cualquiera clase que fuera; me gustaba siempre la vida ociosa y mantenerme á costa de los incautos y de los buenos; y si tal cual vez me medio sujetaba á alguna clase de trabajo, era, ó acosado de la hambre, como cuando serví á Chanfaina, y fui sacristán, ó lisonjeado con una vida regalona en la que

trabajaba muy poco, y tenía esperanzas de medrar mucho, como cuando serví al boticario, al médico y al coronel.

Después de todo, por una casualidad no esperada, me encontré una Jauja<sup>1</sup> con el difunto coronel; pero estas Jaujas no son para todos, ni se hallan todos los días. Yo debía haberlo considerado en la isla, y debía haberme dedicado á hacerme útil á mí mismo y á los demás hombres con quienes hubiera de vivir en cualquier parte; pero lejos de esto, huyendo del trabajo y valiéndome de mis trapacerías, le dije á Limahotón, cuando lo ví resuelto á hacerme trabajar poniéndome á oficio, que yo no quería aprender nada, porque no trataba de permanecer mucho tiempo en su tierra, sino de regresar á la mía, en la que no tenía necesidad de trabajar, pues era conde.

—¿Eres conde? preguntó el asiático muy admirado. —Sí, soy conde. —¿Y qué es conde? —Conde, dije yo, es un hombre noble y rico á quien ha dado este título el rey por sus servicios ó los de sus antepasados. —¿Conque en tu tierra, preguntó el chino, no es menester servir á los reyes personalmente; basta que lo hayan servido los

<sup>1</sup> Ciudad imaginaria que algunos, dando crédito á viajeros embusteros, buscaron inútilmente en la América española, llevados de las magníficas descripciones y ponderados elogios que se hacían de sus riquezas, fertilidad y hermosura. Hoy sólo se usa de su nombre como sinónimo de *paraiso de delicias* para exagerar la abundancia de alguna ciudad ó país, donde la tierra sin necesidad de cultivo produce espontáneamente todo lo necesario al hombre, que allí no tiene que trabajar para comer.

ascendientes para verse honrados con liberalidad por los monarcas?

No dejó de atacarme la pregunta, y le dije:—La generosidad de mis reyes, no se contenta con premiar solamente á los que efectivamente les sirven, sino que extienden su favor á sus hijos; y así yo fuí hijo de un valiente general, á quien el rey hizo muchas mercedes, y por haber yo nacido hijo suyo me hallé con dinero, hecho mayorazgo y con proporción de haber sido conde, como lo soy por los méritos de mi padre.

—Según eso también serás general, decía Lima-hotón. —No soy general, le dije, pero soy conde. —Yo no entiendo esto, decía el chino. ¿Conque tu padre batió castillos, rindió ciudades, derrotó ejércitos, en una palabra, afianzó la corona en las cabezas de sus señores, y acaso perdería la vida en alguna refriega de esas, y tú, sólo porque fuiste hijo de aquel valiente y leal caballero, te hallaste en estado de ser conde y rico de la noche á la mañana, sin haber probado los rigores de la campaña y sin saber qué cosa son los afanes del gabinete? A la verdad, en tu tierra deben ser los nobles más comunes que en la mía. Pero dime; estos nobles que nacen y no se hacen, ¿en qué se ejercitan en tu país? Supuesto que no sirven ni en la campaña ni en los bufetes de los príncipes; si no son útiles ni en la paz ni en la guerra, ni saben trabajar con la pluma ni con la espada, ¿qué hacen,

dime? ¿en qué se entretienen? ¿en qué se ocupan? ¿qué provecho saca de ellos el rey ó la república?

—¿Qué han de hacer? dije yo, imbuído en mis flojas ideas. Tratan de divertirse, de pasearse, y cuando más, trabajan en que no se menoscabe su caudal. Si vieras las casas de algunos condes y nobles de mi tierra, si asistieras á sus mesas, si observaras su lujo, el número de sus criados, la magnificencia de sus personas, lo aparatoso de sus coches, lo grande de sus libreas y lo costoso y delicado de su tren, te admirarías, te llenarías de asombro.

—¡Oh poderoso Tien! dijo el chino, ¡cuánto más valía ser conde ó noble de tu tierra que la tercera persona del rey en la mía! Yo soy un noble, es verdad, y en tu tierra sería un conde; pero, ¿qué me ha costado adquirir este título y las rentas que gozo? Fatigas y riesgos en la guerra y un sinnúmero de incomodidades en la paz. Yo soy un ayudante ó segundo del tután ó jefe principal de la provincia; tengo honores, tengo rentas; pero soy un fiel criado del rey y un esclavo de sus vasallos.

Sin contar con los servicios personales que he hecho para lograr este destino, ahora que lo poseo, ¡cuántos son los desvelos y padecimientos que tolero para sostenerlo y no perder mi reputación! Sin duda, amigo, yo apreciara más ser conde en tu tierra que loitia<sup>1</sup> en la

<sup>1</sup> Un caballero.

mía. Pero después de todo, ¿tú quieres volver á México, tu patria?— Sí, señor, le dije, y apetecería esa ocasión. —Pues no te desconsueles, me dijo Limahotón; es fácil que consigas lo que quieres. En una ensenada nuestra está fondeada una embarcación extranjera que llegó casi destruída de un naufragio que padeció en estos mares pocos días antes de tu desgracia. La tal embarcación está acabándose de componer, y los pasajeros que vienen en ella permanecen en la ciudad, esperando también que abonance el tiempo. Luego que ambas cosas se verifiquen, que será de aquí á tres lunas, nos haremos á la vela, pues yo deseo ver más mundo que el de mi patria: mi hermano me aprueba mi deseo; soy rico y puedo cumplirlo; pero esto resérvalo para tí solo.

Tengo dos amigos de los pasajeros que me aman mucho, según dicen, y todos los días vienen á comer conmigo. No te los he enseñado, porque te juzgaba un pobre plebeyo; pero pues eres rico y noble como ellos, desde hoy te sentaré á mi mesa.

Concluyó el chino su conversación, y á la hora de comer me sacó á una gran sala donde se debía servir la comida.

Había varios personajes, y entre ellos distinguí dos europeos, que fueron los que me dijo Limahotón. Luego que entré á la sala, dijo éste:— Aquí está, señores, un

conde de vuestras tierras, que arrojó el mar desnudo á estas playas y desea volver á su patria.

—Con mucho gusto llevaremos á su señoría, dijo uno de los extranjeros, que era español.

Le manifesté mi gratitud, y nos sentamos á comer.

El otro extranjero era inglés, joven muy alegre y tronera. Allí se platicaron muchas cosas acerca de mi naufragio. Después el español me preguntó por mi patria, dije cuál era, y comenzamos á enredar la conversación sobre las cosas particulares del reino.

El chino estaba admirado y contento oyendo tantas cosas que le cogían de nuevo, y yo no lo estaba menos, considerando que me estaba granjeando su voluntad; pero por poco echa á perder mi gusto la curiosidad del español, pues me preguntó:— ¿Y cuál es el título de usted en México? Porque yo á todos los conozco.— Halléme bien embarazado con la pregunta, no sabiendo con qué nombre bautizar mi condazgo imaginario; pero acordándome de cuánto importa en tales lances no turbarse, le dije que me titulaba el conde *de la Ruidera*.

— ¡Haya caso! decía el español; pues apenas habrá tres años que falto de México, y con motivo de haber sido rico y cónsul en aquella capital tuve muchas conexiones y conocí á todos los títulos; pero no me acuerdo del de usted con ser tan ruidoso.